

Capítulo uno

El crucero

A Carlos le encanta el mar. Le encanta todo del mar. Le encantan los barcos. Le encantan los peces. Ese día Carlos estaba feliz. Estaba contento porque estaba en un crucero. El crucero se llamaba La Fiesta. Era su segundo viaje en crucero. El primero fue algunos meses antes cuando ayudó a una mujer a encontrar un collar que le había robado otra mujer. La compañía de los cruceros estaba tan contenta con Carlos que le ofreció otro viaje. Esta vez Carlos iba a la hermosa isla de Puerto Rico.

Dos personas acompañaban a Carlos en el crucero: su amigo Jaime y la tía de Jaime que se llamaba Alicia. Alicia estaba muy mareada. Se sentaba y bebía soda. Ni siquiera bajaría del crucero en Puerto Rico. Solo quería quedarse en su cuarto y dormir mientras no se movía el barco. Les dijo a Carlos y Jaime que no los iba a acompañar en Puerto Rico. Tenían que ver la isla solos.

Carlos y Jaime estaban contentos de estar

—Muchísimas gracias —le dijo Carlos—. Necesitamos más ayuda.

No quería pedirle nada pero no había otro remedio. No había otra persona.

—¿Qué necesitan? —les preguntó Carmen.

—Dinero —contestó Carlos.

—Un lugar donde dormir —dijo Jaime.

—Les voy a prestar un poco de dinero pero tienen que devolvérmelo —dijo ella.

—Por supuesto —contestó Carlos—. Vamos a devolverte el dinero cuando vayamos a casa.

—También pueden dormir en casa de mi abuela —dijo Carmen—. Ella es muy simpática.

—Todas las abuelas son simpáticas —contestó Carlos. No lo podía creer. Carmen era tan amable con ellos. Y ellos podían quedarse con su abuela. Todo estaba perfecto.

—Hay solamente una cosa —les dijo Carmen.

“¡Oh no!” pensó Carlos. “Algo terrible”.

Carmen le sonrió a Carlos.

—Le voy a decir a mi abuela que tú eres mi novio —dijo Carmen—, mi novio norteamericano que es muy rico.

—Muchísimas gracias —le dijo Carlos—. Necesitamos más ayuda.

No quería pedirle nada pero no había otro remedio. No había otra persona.

—¿Qué necesitan? —les preguntó Carmen.

—Dinero —contestó Carlos.

—Un lugar donde dormir —dijo Jaime.

—Les voy a prestar un poco de dinero pero tienen que devolvérmelo —dijo ella.

—Por supuesto —contestó Carlos—. Vamos a devolverte el dinero cuando vayamos a casa.

—También pueden dormir en casa de mi abuela —dijo Carmen—. Ella es muy simpática.

—Todas las abuelas son simpáticas —contestó Carlos. No lo podía creer. Carmen era tan amable con ellos. Y ellos podían quedarse con su abuela. Todo estaba perfecto.

—Hay solamente una cosa —les dijo Carmen.

“¡Oh no!” pensó Carlos. “Algo terrible”.

Carmen le sonrió a Carlos.

—Le voy a decir a mi abuela que tú eres mi novio —dijo Carmen—, mi novio norteamericano que es muy rico.

dijo a su abuela:

—Ohio es la calle en Nueva York donde vive Carlos.

—Claro, la calle Ohio —dijo Carlos.

—Hay muchas farmacias en Nueva York —les contestó la Sra. Rivera—. Cada barrio puertorriqueño tiene una farmacia.

—Por supuesto —les dijo Carlos.

—De todos modos le quiero agradecer de nuevo. ¿Sabían Uds. que yo sé el futuro? ¿Quieren saber el futuro de Uds. dos?

Carlos y Jaime no querían saber el futuro. Solo querían volver a Ohio.

—Sé lo que está en los corazones de las personas —les dijo la Sra. Rivera—. Puedo saber hasta los pensamientos de las personas.

Ninguno de los dos quería saber el futuro. Tampoco querían saber los pensamientos de la abuela. Solo querían regresar a Ohio.

—Abuelita —le dijo Carmen—, díles el futuro a ellos. Les va a gustar saber el futuro.

—De acuerdo —contestó la abuela—. Chicos, todo esto es gratis. No cuesta nada. Apaguen las luces. Trabajo mejor en la oscuridad.

Carmen apagó las luces. La casa estaba muy oscura.